



Aquella virgen loca, jamás prudente

Aquella virgen loca, jamás prudente, que un día apareció en un rincón de la ciudad, por completo desnuda, coronada de sangre que la gente bebió a grandes sorbos en el hueco de la mano; aquella virgen que recorrió las calles convulsionada, los ojos permanentemente cerrados, causando una mezcla de conmiseración y espanto; aquella virgen, digo, que nadie pudo detener en su avanzar ciego e impreciso, fue seguida por la muchedumbre como a una extraña santa repentina de la que algo debería obtenerse, pues a su paso se reencontraba toda aquella necesidad, urgencia, del terror indispensable para continuar, soportar, en adelante, la sorprendente ilusión de vida, y así, de un barrio a otro, de una casa a otra, de una cárcel a otra se vio pronto perseguida por un coro que entonaba salmodias de paz, en un rito asombroso que los soldados no pudieron contener, que los sacerdotes no se atrevieron a impedir, reducidos por el miedo arbitrario del que ahora eran víctimas y ya no oficiantes; en ella se centraron las súplicas de los pobres y fue como la encarnación suprema de las ofensas de la injusticia que tan abundante recibían día con día, y fue blanco de las quejas de los cortesanos, quienes entrevieron el ejemplo del desorden instalado en las instituciones más sagradas, muestra clara del desprecio a la autoridad, y fue presa de los nobles, que asistieron en el máximo de su elegancia al recordatorio de los principios más sanos, hasta dejarse sensibilizar por la humildad y la piedad más exaltadas, en adelante bien dispuestos al arrepentimiento y a la autoflagelación purificadora; todos viéndola avanzar, irresponsable, pisando las ricas telas que de improviso surgieron a su paso, y los pétalos, las medallas, las joyas y los encajes que empezaron a lanzar las tías, las abuelas, las comadres, las cuñadas, volviendo más pesado y lento su camino, para pasar pisoteando luego los cuerpos de los niños que fueron arrojados y de los hombres que se arrojaron bajo ella con el fin de ser, a su vez, santificados; y los escapularios y las estampas y los perfumeros se fueron saturando del sudor sonrosado que destilaron sus sienes, e inúltimamente acudieron los caballeros y el obispo y el alcalde llamados para cautivar, exorcisar o convencer, porque no atendió a nada: su irreverente actitud pagana continuó la tambaleante caminata y el manto de brocado traído de España también desapareció bajo los pies de su fieles seguidores.

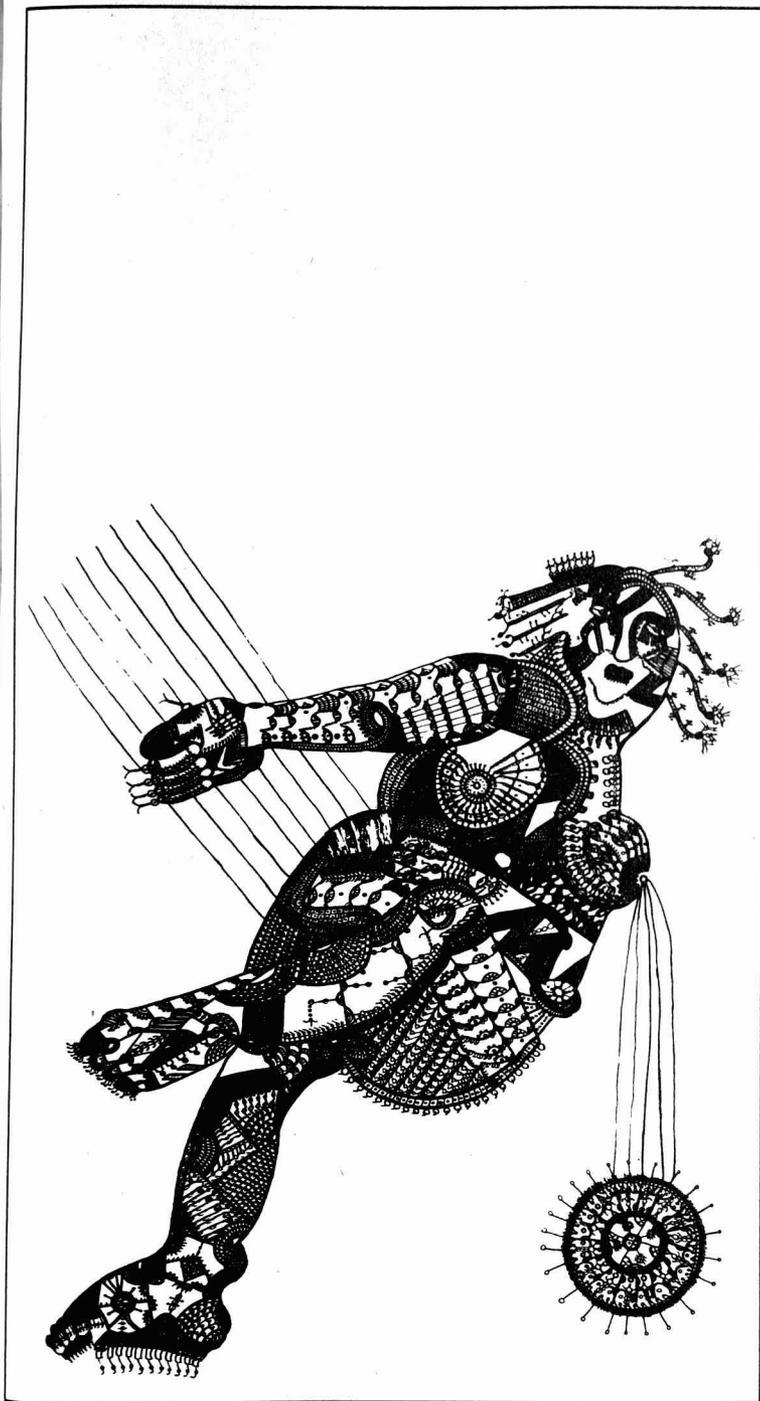
Aparición terrible y pérdida funesta, la suya. Porque después de ella nos quedaron los signos del eclipse y una epidemia nos mata. A los niños se les mancha la cara, los perros aullan y se lamen la fiebre, los hombres vagan con las retinas calcinadas y aletean por el aire manadas de mariposas furibundas. Aquella virgen loca que se perdió en el río y que en vano aguardan las barcas desatadas y las antochas encendidas,

nos dejó una epilepsia general, en medio de una luna grande y cobriza, y desde entonces la disentería, el escorbuto y la diarrea se solazan con nosotros. Y una serie de enanos, de águilas y leones carnalescos recorren las moradas y van de puerta en puerta solicitando gracias.

Yo soy uno de esos peones asolados por la peste, soy uno entre esa muchedumbre arrasada. Mi muerte avanza gradual, puntual, como una sarna que se apoderara centímetro a centímetro de la piel. Entretanto, llega un sueño de varias, extrañas, etapas:

Los largos cuernos de bronce resuenan durante días con zumbido intermitente, de madrugada, mediodía, tarde y noche, y continúan sonando sin tregua hasta que los sordos tambores quedan cabeza abajo y caen al suelo las banderolas para iniciar el duelo que cubre a la ciudad desparramada en la colina, acallando para siempre la milagrosa y esperada cura que hubiera podido ser acompañada de un súbito cambio de metales y repiques de gloria. Días de purgas, de tizanas, de sangrías, de murmullos, de un revolotear de túnicas portadas por médicos atareados, ceñudos, estupefactos, que maldicen en su fuero interno aquella profesión absurda de inyectar esperanza no se sabe cómo, no se sabe para qué, con tal de contener el desvarío, la temperatura, la derrota decidida de antemano. De torre en torre, de altar en altar, de hogar en hogar salta el último eco de las trompas dolientes y los niños permanecen adheridos al musgo húmedo de las paredes traspassadas por el viento, huérfanos sin comprenderlo, callados sin necesidad de reprimendas, los ojos escrutadores del silencio embarazado de sus padres, incapaces ya de solicitar un alimento que de cualquier manera les será distribuido mucho más tarde, frío, seco y sin sabor, de mala gana.

Y digo: nunca hubiera querido llegar en esta forma, arrastrando esta melancolía que en el fondo no es sino la constatación de un torpe apego, ni dejar así las cosas, con impresión tan amarga. Ahí están el mandoble y las espuelas y el casco de visera calada con sus abolladuras, señales de batallas mucho menos sangrientas que ésta que ahora se inicia. Mis dedos recorren el peto de la armadura cincelada con los temas arcaicos de Dionisos y Ariadna, refugio del que no quiero desprenderme y que se adapta perfecto a mi pecho, ya contaminado de mi olor, de esa transpiración animal que se sucede a cada esfuerzo. Intuyo que puedo abandonarlo todo, salvo ese parapeto de mi cuerpo, dentro del cual he dormido y fornicado y tirado golpes abundantes y mortales. Como ante mi primer crimen, montaña de huesos derribada de un mazazo, aprendo que el terror me asfixia y que ya no tengo más remedio que el combate infinito para el cual me siento, en adelante, destinado: la cabalgata, el aullido, el en-



cuento brutal, la carne abierta, la victoria, el pillaje, la ceniza del incendio, la algarabía que remata toda aquella pesadilla nauseabunda de odres agujereados, de jadeos, de ojos inyectados, los miembros finalmente temblorosos, las telas ásperas y los ungüentos árabes aplicados a las heridas de las piernas, de los brazos, de la cara.

Abro los ojos, con rabia. Tras la ventana, en el río, la barca va ascendiendo. Un hombre situado en la popa rema apresurado, en un aleteo incansable, como un pequeño insecto de alas cortas. En la proa, otro gigante, de pie, se apoya en una larga varilla y con todo su peso se impulsa en cuanto presiente un punto que vuelva a permitirles avanzar contra corriente. Las caras tensas, los músculos enteros en juego, suben sin perder apenas terreno, tan estáticos que uno creería no remontan sino sólo el grosor de un cabello y, con todo, seguros de su avance, inagotables. Hasta que...

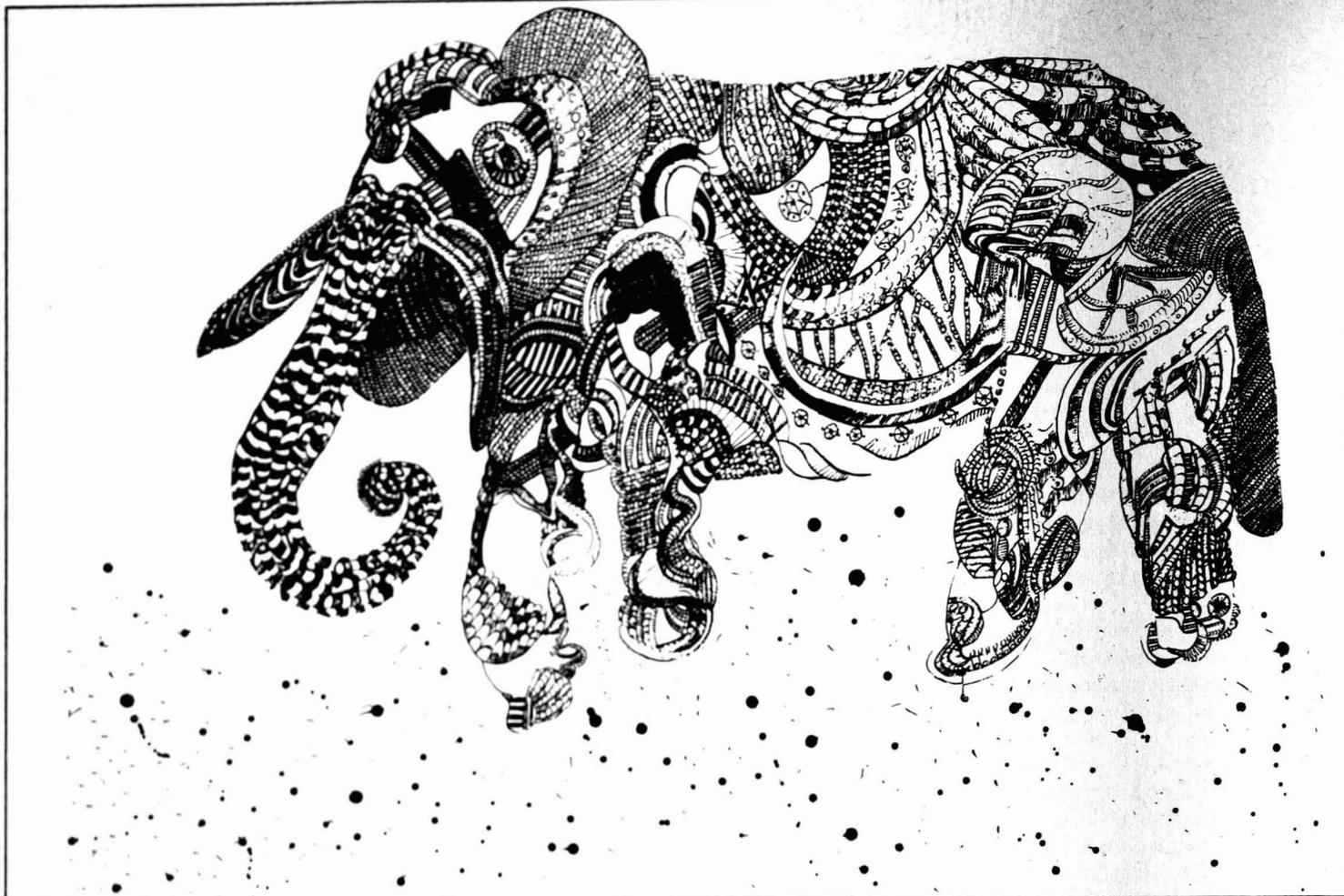
de seguro la imagen perseguida por una jauría de enfermos

...los hombres se doblan y pronto no son sino un punto dolorido que se confunde con el agua.

Sacudo las pieles que me cubren. El cuerpo se debate bajo el peso y corren hilos pegajosos por mi cuello. El sueño es implacable y batallo con él inútilmente. Las imágenes vuelven en el momento en que el placer va a iniciarse:

Justo cuando empiezo a gozar del calor de tu tibieza, vuelven las torturadoras, las mujeres gruesas y airadas de ojos amarillos, fijos y mezquinos, de palabras burdas, de cabelleras gorgónicas, que se te avalanzan y te arrastran y te llevan y me insultan porque he violado a la hija, a la doncella. Y veo cómo te pierdes y te conviertes en una hidra semejante en todo a ellas y llegas tú también a darme caza. Me descubro lleno de horror por mí mismo y por lo que se supone hice contigo. Oleadas de resentimiento nos zarandean y nos lo arrojamos a puñados a los ojos. La joven perseguida, la que se dormía en el hombro y a la que desvestía impaciente, parece que terminé con ella a base de sarcasmos y que en un instante se me quedara su piel nueva entre las manos, tu sangre hecha pedazos, tu sonrisa hecha pedazos, tu amor despedazado gritando el odio fresco que te abrasa. Quedan mis manos horadando las carcajadas y los rumores de tu insatisfecha venganza y de la venganza en cambio satisfecha de las viejas comadronas que ahora danzan en derredor de la cama, las faldas arremangadas.

Y grito: desde ese día de montañas, donde en cada esquina se deseaba atrapar el mundo y en donde a cada paso los árboles espesos de neblina y los precipicios largos de la lluvia detenían el corazón en una explosión de calma, desde ese día de picos y hondonadas y masas grises y huecos por don-



de se escapaba la mirada, desde ese día, repito, pasaste por la casa de mi cuerpo para ya no volver a visitarla. Te llevaste la sal. Y aquellas mansiones de agua y aquellos salones de flores menudas y aquel reposar en silencio frente a espacios llenos y sin nombre y aquel cristal cortado por los destellos de la tarde hicieron su equipaje para viajar contigo adonde desde ahora ya te encuentres. Te llevaste el aire: si eso es amor, este arrastrarse, este suplicar, esta entrega desesperada sin respuesta, este rozar con los ojos y pedir con palabras anhelantes hasta el daño, si eso es amor — y no creo que lo sea —, entonces soy un experto. Aquel rincón por donde espiábamos el viento y veíamos pasar los ejércitos impávidos del agua, aquel rincón de hongos y azucenas se quedó vacío y en espera de un atardecer de nieve y por él vi cómo se deterioraba el oxígeno y el hielo se convertía en polvo y las cosas se desdibujaban, agrietadas como se agrieta la tierra poco húmeda. Todo se disuelve. ¿Has visto el lodo negro de la impotencia secarse, y volverse pardo, y desmoronarse con la facilidad con que cede el placer ante el menor rasguño de recuerdo? Pues no has visto que a mi vista le pasó lo mismo y que a mi tacto le pasó lo mismo y cómo a los bosques y a las montañas de esta patria les pasó lo mismo y les hizo tanto daño tu partida que no los encuentras más por todo el campo y poco a poco no se pisa suelo sino llanuras enteras de arena violácea. Te llevaste la calma: este caer de llanto seco, esta pérdida humedad de la palabra, este clamar a oídos ciegos y el llegar de rodillas hasta tu media altura y encontrar el rechazo de tu sexo. Si eso es amor, soy un experto. Dime que miento. Di que no es cierto y que sólo es cuestión de ligaduras y que en cuanto termine de romper la última atadura las colinas del olvido volverán a crecer ahí en donde

estaban y la tierra adquirirá firmeza, y que en este desierto en que se convirtió la casa volverá a crecer la lluvia como cuando tú estabas y que tendré nuevamente volcanes y horizontes para descargar esta última ternura.

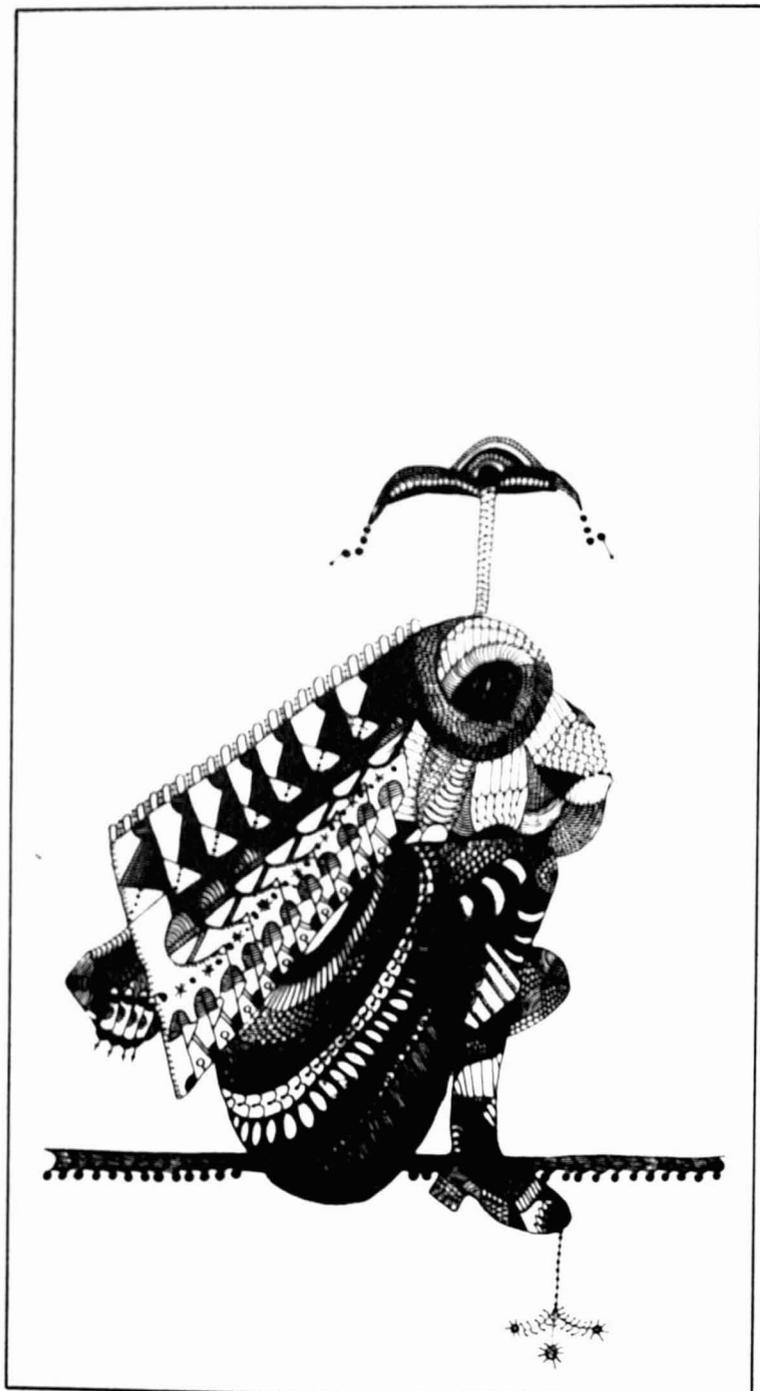
Mi vista se abre, desmesurada. Detrás de la ventana, a lo lejos, suben los indígenas con sus antorchas y sus caretas de pumas y ocelotes, de tapires de cartón, con sus largos atabales y sus flautas negras. Ha ec est festa dies festarum. E allí hay un gran bulto de como dragón, e otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. El Dador de la vida se burla: sólo un sueño perseguimos, oh amigos nuestros, nuestros corazones confían pero él en verdad se burla. Y tiene la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables, y ceñido el cuerpo unas a manera de grandes culebras de oro e pedrería. Sólo allá en el interior del cielo, tú inventas tu palabra ¡oh Dios! Ha ec est clara dies clara rum. La procesión y el baile se inician con gran estruendo. Los cantos regocijados se mezclan a las letanías gregorianas y todos aquellos fantoches y animales y frailes de blanco se dirigen en masa a cada una de las capillas posa y en cada una se detienen para esparcir incienso. ¡Io, Io, Evoché! Los niños contemplan con júbilo el cerdito seguido de asnos revestidos con hábitos y de monos provistos de diversos atributos, así como la zorra encerrada en una urna. Mi vista se cierra:

Soy un diágnatario de cabellera entrecana y nariz corva, poseo una espléndida esmeralda engarzada entre los dedos y mi boca llama a escándalo. Extiendo la amplia capa empurpada a lo largo del altar y levanto las manos. Pero los acólitos no me atienden y los feligreses no me escuchan, atentos a un veneno más nocivo. Y el obispo que soy y mi roja vestimenta son hechos a un lado por la muchedumbre



que persigue la huella de tu espanto. Abandonado a mi propia tartamudez, reducido, permanezco derribado como un antiguo fetiche que hubiera perdido su capacidad de trance. Así terminas con mi poder de exorcismo y me dejas sin ventaja, los labios aferrados a una piedra oscura.

Y huyo: subo con violencia las últimas gradas que me encaminan a la terraza, paso con enojo delante de los lavatorios y casi me arrojé por la estrecha ojiva que marca el final de mi carrera. Los puños se hacen daño contra la cantera labrada como si amenazaran con destruirla. Basta, basta, basta, es la única palabra que sobrenada entre los tres o cuatro vestigios de pensamientos asociados a la ira. Basta, basta. Y las uñas rotas dejan escapar gotas de sangre. La mirada, demasiado atraída por su propio hechizo, desprecia la amplitud del espacio interminable y una y otra vez asiste a la imagen más viva de la rabia. Por fin detengo los puños doloridos y detengo aquel movimiento de mi cuerpo que desea concretarse en muerte. Basta. Cambiar esto, no la vida, sino esto, esta manera de contemplar la vida a través de una máscara de remordimiento, este disgusto central que logra que duelan los huesos y que se respire con dificultad, la boca abierta. Abajo, se oyen los gritos agudos de los que acuden al catecismo. El convento parece abandonado de por siglos. Recorro mentalmente el patio, las gruesas columnas con perlas góticas, el macizo cuerpo almenado y la torre mudéjar, para detenerme ante la fachada apenas florida, sonrosada, donde platos de fruta, duraznos y granadas, alternan con ángeles adosados a candelabros destruidos por alguna inundación. Todo inútil. Todo formando parte de una secreta oración que alguna vez quiso, de seguro, decirle algo a alguien y que me resulta demasiado oscura, como el juego del que se han olvidado las reglas y que ahora se convierte en un martirio de contradicciones cotidianas. Y torno a recorrer los olivos de mi adolescencia, a ocupar mi puesto en el coro, a pelear con los novicios de aquel limpio seminario en que nos formaron a golpes de ayuno y obsesiones, exigiéndonos una fe que no se concretaba en experiencias sino en un puro dogma intolerable. Qui sitis, huc tendas. ¿Y el sentido? No temáis, porque vengo a daros una noticia de grandísimo gozo. Y con sus ecos suaves, las Aves; y con sus dulces corrientes, las Fuentes. Me doy cuenta de que estoy de nuevo hincado y enterrándome las uñas en los párpados. Con mis cincuenta años y las piernas flojas y el vientre abultado y una escasa pelambre encanecida ya no tengo el valor para cambiar ya nada. ¡Oh, no la vida, sino esta forma abyecta de aceptarla! Porque mil veces cada día me veo tentado de arrojar esta sotana, de tomar mi viejo atuendo de jardinero y de correr por todos aquellos sembradíos de alfalfa, para ya



no regresar, para... ¿pero quién podría seguir el pensamiento? Me miro las palmas sanguinolentas. Persigo los rastros de los arabescos en el techo y las pinturas blanco y negro de las paredes. Quizá ellas sí sepan lo que se deseaba decir. Tal vez alguien supo alguna vez lo que afirmaba. Yo sólo tuve conciencia del exceso de mi amor después de apelar a todos mis esfuerzos para curarme de él. Y comprobé que te amaba menos que a mi pasión. Sí, sí, poseer una pasión, pero contar al mismo tiempo con los medios para deshacerse de ella. Y decidir. Tener esas dos posibilidades grandes en las manos y dejar ir la que más duela. Subir al tejado y soltar esto que lastima con tan singular denuedo y permitir que el aire lo tome, que las tolvaneras se lo lleven, que no deje rastro...

porque tal vez en el mundo hay caprichos tan extraños

...El griterío de los catequizados se ha desvanecido y en cambio se oyen pequeñas carreras por el atrio. La campana mayor debe haber sonado hace ya rato. Las yemas de los dedos arden y las alivio resguardándolas contra el cuerpo. Está bien. Qui Sitis: sed, rebeldía, inaudita lujuria. Por entre los pinares se escuchan cantos aislados e invocaciones. Salto de la terraza y sigo por el camino almenado y por encima de la nave central. Vuelvo a frotarme la cara con el dorso de la mano.

Despierto o creo que despierto. O prosigo mi sueño creyendo que despierto, queriéndome así para detener tanta derrota. Quedan el dolor de cabeza en el centro de la frente y la noche en medio de la noche y el estertor agitado de una sombra. Ni siguiera gimen los perros en lontananza, ni siquiera tengo tus hombros para asirme a ellos, ni pasa esta fiebre de la sangre. El torrente de los días permanece y aún no estoy preparado para soportarlos. ¡Si por lo menos hubiera aceite en las lámparas! Entonces los caballos encabritados de mi cuerpo tendrían adónde ir, y no al desastre:

De aquella virgen, digo, nos quedó la gangrena. No tuvimos nada que oponerle. Hervimos como el agua hierve, como el metal hierve, como Talo, el fenicio, y ella abrió los conductos de la sangre. Yo fui uno de sus seguidores: buscaba el amor y encontré la pasión esperándome, oh virgen inhóspita, estabas tú, esperándome. Esa exaltación, esa dependencia, ha sido lo más extraño, lo más doloroso a que me ha sido dado enfrentarme. En vano acudo cada atardecer hasta las márgenes del río, no sé si para apagar mi cuerpo o para atisbar tu regreso. Han oído, sin duda, la queja de las plantas cuando empiezan a secarse: lanzan un grito agudo, sostenido, intolerable que se mezcla al viento de los bosques y al agua de los bosques y a los aullidos y cantos animales. Ese cuarto registro está reservado al término del tiempo de los árboles. Es mi registro. Comienzo a secarme.